

LOS CABALLOS

En un primer momento los caballos se anuncian en un galope que se despliega en un movimiento casi fotográfico, aquel que con su magia nos mostraban los dibujantes de Altamira o Lascaux.

Ellos emergen desde el fondo del cuadro constituyendo por sí solos un cuadro en sí mismos. No galopan hacia el hombre desnudo y reclinado en la hierba. Galopan, simplemente, como si su meta se encontrara más allá de los límites que el cuadro propone.

Ante los ojos del observador se extiende una imagen de maravilla y podemos casi sentir el resonar de los cascos.

La fascinación se impone al descubrir el armazón del cuadro, sus líneas de fuerza, sus líneas de fuga, sobre las que reposa toda la composición

Es difícil encontrar en la naturaleza un movimiento tan asimilable a la libertad total como el galope de los caballos salvajes a través de la llanura, crin al viento y siempre desplazándose en grupos.

La manada es y será por mucho tiempo su entorno natural.

El caballo conocerá la soledad sólo al ser domado, amaestrado.

Pero eso pertenece a otro momento.

Por ahora estos caballos galopan libremente como si ante ellos se extendiera la inmensidad del espacio.

Esos caballos, eternamente jóvenes, inextricablemente unidos, me retrotraen al recuerdo de lejanos adolescentes de otrora.

Hubo también adolescentes libres y terriblemente unidos sintiendo el llamado del mundo palpar en sus sienas.

En el extremo del cuadro posteriormente aparecerá el Hombre.

Orfeo?

Quizás.

De todas maneras el artista nombrará el cuadro como "Resurrección" .

Pero caballos y hombre no interactúan.

Es como si vivieran dos planos distintos, quizás algo del asombro ante la magnificencia que se despliega a sus ojos pueda leerse en la actitud del hombre.

Es que ese imaginario que es la libertad siempre deslumbra y también atemoriza.

¿Es que podemos los humanos hablar de libertad, así en abstracto?

Esa libertad que la bestia siente...sin angustia y sin culpa.

Al ganar el lenguaje, perdimos el instinto... y los caballos en la llanura nos remiten a la irremediadamente perdida libertad.

Luego, a la vista del observador aparece otra imagen también desbordando la medida humana.

Son tres caballos que, a diferencia de los primeros, aparecen trabajados en tonos fríos.

Blanquísimos.

Tanto que parecen mimetizarse con el fondo que, a nuestra imaginación nos mostraría un paisaje nevado.

Avanzan en cuña hacia nosotros escapándose, en su cabalgar, del cuadro. Su aparición se juega rompiendo sus límites precisos.

Cualquiera que esté más o menos habituado a las categorías que en su momento presentara Heinrich Wölfflin vuelve a reencontrar en la creación de Armando, - totalmente inédita - donde a la par que se juega la figuración más acabada producto de la maestría del dibujo, con la abstracción más explosiva, aquellas significaciones que hacen del Barroco una categoría y no meramente una etapa de la evolución cronológica del arte.

¿No recordamos acaso al enfrentarnos a ese triángulo perfecto que encuadra la composición de los caballos blancos que, como dijimos avanzan en cuña, a las lanzas que marcan también las diagonales que nos dan la profundidad de la perspectiva, de “La Batalla de San Romano” del Uccello?

El juego del adentro y el afuera más allá de los límites del cuadro es algo que Armando realiza con verdadera maestría, como cuando observamos los ojos desmesuradamente abiertos del niño en “El Asombro” o “La Sorpresa” (que corresponde a otra serie) y nos damos cuenta de que los que el niño mira y lo asombra está detrás de nosotros; hay toda una atmósfera que nos incluye, formando así, parte de la escena.

Ahora bien... ¡ Que impresionante sutileza la del creador al mostrarnos en otro cuadro una imagen que parece sintetizar miles de años de historia de la humanidad!

¿No es ese cansado percherón uncido al carro – que por cierto no aparece- la síntesis misma de la domesticación y la esclavitud?

La imagen de ese caballo, ejemplar de esos pesados y fuertes caballos de tiro, llena todo el cuadro. El peso de su carga parece aplastarlo y todo en él trasunta algo de la resignada mansedumbre frente a un destino irrevocable.

Pero aún así es hermoso.

Mientras en los otros cuadros reina el movimiento, la carrera desenfadada, el viento en las crines, aquí la pesada figura está inmóvil, quizás en descanso y como dijimos su desgarrada pero fuerte estampa queda circunscripta a los límites del cuadro.

Aquí el creador se juega a lo clásico, sintiéndose tan cómodo en una posición como en otra.

No sé si actualmente son numerosos los ejemplos de estas nobles bestias, como la que el retrata, por los campos de Francia, pero allá, en algunos lugares de mis lejanas tierras es todavía posible verlos tirando de un carro que sirve para trasladar tanto enseres de trabajo, trastos de toda especie, cargas de forraje, como – muchas veces- también familias enteras.

Y ¿por qué no? Si la ocasión cuadra, turistas deseosos de disfrutar de la aventura de lo ya perdido.

Son mansos, obedientes, no saben lo que es encolerizarse o rebelarse.

Y todo eso está puesto allí, en esa clara figura, imagen misma de la domesticación.

Alba Medina
Psicoanalista.